

á que esto ha llegado, en medio de tantas complicaciones y cuando todo se enmaraña, lo mejor del caso es atender á las consecuencias.

—¿Pero no teme Vd. á los infinitos males que ocasionarán al país esas consecuencias?

—Por lo mismo que las conozco bien, no seré yo quien las precipite: ¡demasiado pronto vendrán! Pero á lo que sí no renuncio y de lo que no debemos apartarnos nunca, es de mantener y atizar una justa desconfianza en el ya trabajado espíritu del público, á fin de que cualquier acontecimiento grave no le coja desprevenido.

Aquí llegaban de su confidencia nuestros interlocutores, cuando un criado anunció á D. Enrique la visita del tabernero de la calle del Humilladero.

El conde dijo presurosamente algunas palabras á su amigo, y se despidió de él.

En seguida Utreta hizo entrar al tío Colás.

—Buenos dias, señorito, —dijo el tabernero deteniéndose en el umbral de la puerta.

—Bien venido, señor Nicolás; —entre, y tome asiento.

—Sentiria haber venido en mala hora, D. Enrique.

—Usted llega siempre á tiempo, —respondió este, —pero siéntese, repito, para que así podamos hablar sosegadamente.

El tabernero ocupó el sillón que acababa de dejar el conde, y preguntó á D. Enrique.

—¿No es, si no me engaña la memoria, el conde de M... el que acaba de salir?...

—El mismo, señor Nicolás.

—Bien imaginaba yo que me lo encontraría.

—¿Por qué?

—Porque la cosa anda mal, y el señor conde no es

persona que pierda el tiempo. Mas... hablemos ante todo de lo que interesa.

—Hablemos, sí, pues desde el otro día estoy preocupado con lo que Vd. me dijo, y deseo satisfacer mi curiosidad, tan natural cuando se trata de lo que más quiero en el mundo, despues de mi buena madre.

—¿Estamos solos?—preguntó el tío Colás, tendiendo una mirada en derredor.

—Enteramente solos,—respondió D. Enrique,—y así puede hablar descuidado.

El tabernero, que parecia sentirse bastante embarazado, tosió dos ó tres veces, se revolvió otras tantas en el sillón, y luego, comprendiendo que D. Enrique esperaba el final de aquellos preámbulos, exclamó como haciendo un esfuerzo:

—Pues señor D. Enrique, sabrá Vd. como María, esa pobre muchacha que se ha dignado querer por lo que en sí es y vale... no es lo que aparenta...

—Pues entonces... ¿quién es, ó qué es? preguntó el amante de María.

—A eso voy: pero es una historia larga, y necesito que Vd. se arme de paciencia para oirla.

—Ya escucho á Vd.

—Pues como iba diciendo, ha de saber Vd., señor don Enrique, y esto guarda mucha relacion con los hechos, que cuando yo me casé hace veinte años con mi Teresa, aunque pobres gentes como somos, deseábamos que Dios nos concediera... ya Vd. comprenderá: un heredero de los pocos trastos que á fuerza de remar ha podido uno irse adquiriendo...

—Deseo que considero muy natural,—interrumpió don Enrique.

—Ahí verá Vd., señorito; por esa parte, Dios no ha querido complacernos, y todos nuestros votos para el caso han salido frustrados. Como cuando se verificó nuestro matrimonio, así yo como mi Teresa éramos ya entrados en años, resultó que á los pocos más que anduvimos, empezamos á hacernos viejos; y nuestra soledad, por mucho que nos queríamos, se nos hacia en algunos momentos insoponible. Y ¿qué pensará Vd. ideamos cierta noche yo y mi Teresa despues del rosario.

Pues comenzó á escarabajearme acá en el magin una singular idea, la cual se fijó con tal tenacidad, que no pude por ménos que decirle á mi costilla:

—Teresa; se me ha ocurrido una cosa que si á tí te pareciese bien, aun podíamos, ya que lo que deseábamos no ha podido ser, hacer más llevadera nuestra vida.

Mi Teresa se quedó mirándome suspensa de mis palabras, y yo añadí:

—Nosotros estamos mal de este modo; nos vamos haciendo viejos, y necesitaremos bien pronto una muchacha que nos ayude á sobrellevar este tragin. He ideado un medio seguro de arreglar este negocio.

—¿Cuál?—me preguntó.—Veamos ese medio.

—Al torno de la Inclusa,—continué,—vân casi diariamente las malas madres ó las pobres,—que, sea dicho de paso, son siempre las ménos,—á depositar criaturas inocentes, condenadas á una horfandad dolorosa. Y bien, yo he pensado sobre esto hacer una cosa... ¿Me entiendes, Teresa?

—Colás, te comprendo;—me respondió mi mujer,—y pues sé á donde vâs á parar, debo ahorrarte la mitad del camino, diciéndote desde luego que tu pensamiento me gusta, y que cuanto antes lo pongas en práctica.

Yo no pude por ménos que dar un estrecho abrazo á mi buena Teresa, y desde aquel instante no pensamos en otra cosa que en llevar á cabo nuestra resolucio*n*.

A la siguiente noche, —vá á hacer de esto unos quince años, —me encaminé, envuelto en mi capa, á la *casa grande*, y agitando la campanilla que dá al locutorio de las madres, vinieron á abrirme y dije que queria ver á la superiora. Hiciéronme entrar á poco rato á la presencia de aquella señora, y despues de manifestarla mi manera de vivir y los posibles con que co*nt*ábamos yo y mi mujer, la canté de plano la letanía, diciéndola en dos palabras que deseábamos pro*hi*jar alguna de aquellas huerfanitas. La superiora me escuchó con suma complacencia y agrado, y despues de una larga amonestacion en que me hacia ver toda la responsabilidad que yo me echaba encima, concluyó por conducirme ella misma á una gran sala en donde dormian, á pares, ó de tres en tres, sobre un centenar de criaturas, la mayor de las cuales no pasaria de los cuatro años. Luego que hubimos llegado, dijo la superiora volviéndose á mí:

—Para que el acto meritorio de Vd. no le dé lugar nunca al arrepentimiento, quiero que Vd. mismo á su eleccion designe la que mayor interés le inspire. —Dicho esto empezamos á recorrer una de las dos filas de camas que á ambos lados del salon habia, y me acuerdo como si fuese ahora, nos detuvimos en una donde dormitaban dos infelices niñas. ¿No adivina Vd. quién era una de ellas? —preguntó el tabernerc á D. Enrique?

Este, visiblemente conmovido, respondió con un gesto afirmativo al tio Colás.

El tabernero prosiguió:

—La superiora me conoció en la cara que mi eleccion

estaba hecha, y como yo me habia provisto de una certificacion del párroco, no tan solo no hizo objecion ni me puso impedimento alguno, sino que á las claras conoci bien su satisfaccion. Cogí á la pobre criatura, que estaba profundamente dormida, y envolviéndola cuidadosamente en mi capa, salimos de aquel salon cuyo aspecto me traspasaba y affigia el alma.

La superiora me hizo entonces entrar en su celda, y despues de haber consignado un recibí en el libro de registro que me presentó al efecto, me dijo:

—Ahí le entrego esas contraseñas, por las cuales puede venir algun dia en conocimiento de quienes son los padres de esa niña: si llegára este caso y se pidiesen algunos informes á la comunidad, ya se tendrá cuidado de avisar á Vd.

Entregóme un pañal de fina batista, cuyas iniciales eran una E y una M, partidas casi por mitad, y una bolsita de seda verde con un papel dentro, y en el cual se hablaba de las probabiliidades que habia de sacarla alguna vez de aquel establecimiento. Yo, á quien lo que mas interesaba en aquel momento, era la linda criatura, cogí maquinalmente los objetos que me alargaba lá superiora, y me despedí de esta y de las otras madres, retozándome el cuerpo con el deseo de llegar á casa cuanto antes con mi precioso hallazgo.

Quando le entregué á mi mujer la criatura, fué tanta la alegria que le causé, que no parecia sino que tantos besos como la prodigó en su carita de ángel se los daba á su propia hija.

Y verdaderamente, desde entonces ha sido para nosotros el objeto de todo nuestro cariño, el que sin duda merece y mucho más; pues hemos tenido la suerte de hacer

de ella una muchacha virtuosa y honrada, que es nuestra mayor recompensa y nuestro orgullo.

El tabernero hizo una pausa, durante la cual se llevó el pañuelo á los ojos, y luego preguntó á D. Enrique:

—¿Qué le parece á Vd. la historia de nuestra pobre María?

—Triste, muy triste; aunque desgraciadamente no es original, ni siquiera nueva,—respondió Utrera:—pero no por eso me hace adorar ménos á esa pobre niña, y antes por el contrario, me intereso más, si es posible, en cambiar su suerte, de modo que su felicidad sea tan grande como lo hubiera sido su infortunio, á no salvarla Vd. cual un ángel tutelar.

—Y Dios se lo recompensará á Vd., D. Enrique,—repuso el tabernero.—Pero falta ahora lo más interesante, y de lo cual no he dicho hasta hoy nada á mi propia mujer.

—Es verdad... me habia Vd. indicado...

—Precisamente, á eso voy á parar. Hace poco más de un mes que fui llamado por la nueva superiora de la Inclusa. Ya ni aun me acordaba yo de que María hubiese pertenecido al establecimiento: tan acostumbrado vivia á tener como hija propia á mi hija adoptiva. Dirigime, pues, á la Inclusa, sin dar de ello parte á Teresa, y fui conducido adonde la madre superiora me esperaba.

—¿Vd. es el que adoptó hace cosa de catorce años una criatura de este asilo, llamada María?—me preguntó.

—Si señora,—la respondí preocupado y temeroso de haber comprendido el objeto de aquella pregunta.

—Pues ha de saber Vd.,—añadió la religiosa,—que se tienen esperanzas de que su madre es una señora de buena posicion, y de que puede obligarse á esta madre á que reconozca su hija.

Yo me quedé atónito, D. Enrique, no acertaré á decir si de pesar ó de alegría; de pesar, porque tanto á mí como á mi buena Teresa nos costará gran dolor el separarnos de nuestra María; y de contento, porque al fin y al cabo, lo mejor que podíamos desear á la pobre muchacha era una buena suerte, en cambio de lo que nosotros, pobres y humildes gentes, la daríamos. La superiora añadió que el dia anterior habia estado con ella una antigua criada de la que se cree es madre de María, la misma criada que la depositó en el torno de la Inclusa diez y seis ó diez y siete años ha.

Yo, guardando siempre la misma reserva para con mi mujer, no descansé hasta avistarme con la susodicha criada, la cual, segun me indicó, acababa de abandonar la casa de su ama por no sé qué friolera de disputa ó riña.

Al llegar aquí de su relato el tabernero, le interrumpió D. Enrique.

—¿Y le manifestó á Vd. la criada el nombre de su señora?—preguntó.

—Sí que me lo dijo, y no sin trabajo, porque segun yo presumo, lo que la redomada sirvienta se propone es sacar partido de este negocio.

—Supongo que no tendrá Vd. recelo de confiarme, bajo palabra de honor, el nombre de esa señora. Yo guardaré el secreto hasta donde convenga; aunque á decir verdad, no considero á una criada el más reservado poseedor de un secreto semejante.

—Pues volvamos á nuestro cuento,—prosiguió el tabernero.—El pañal en que estaba envuelta María cuando la depositaron en el torno, tiene las iniciales E y M—Vd. que tanta gente principal conoce ¿no dá con el nombre de alguna señora cuyas iniciales sean E y M?

—No caigo en ello: ¡E y M!.. ¡E y M!...

Y D. Enrique se llevó la mano á la frente, como si quisiera recordar un nombre que conviniese con las iniciales que le habia dicho el tío Nicolás. Viendo éste que ningún nombre se le ocurría.

—La madre de María,—dijo,—es doña Eugenia Montenegro, que vive en la calle del Prado, núm. 45.

Utrera dió un salto sobre su asiento, y se quedó mirando con asombro al tabernero.

—¡La hija de D. Pablo de Montenegro! murmuró.

—Si señor, la misma;—afirmó el tabernero,—pero más asombrado quedará Vd. cuando le diga el nombre del padre de María.

—Diga Vd., dígamelo Vd. pronto

—Pues la pobre María es nada ménos que el fruto secreto de unos amores que la señorita de Montenegro tuvo con el conde de la Alianza, el mismo que murió bizarramente allá por los años 94, combatiendo al frente de su division contra los ejércitos de la República francesa.

Si produjo efecto en el ánimo de Utrera el primer nombre pronunciado por el tabernero, el del conde de la Alianza llenó la medida de su asombro.

El tío Colás le sacó de la meditacion en que habia caido preguntándole:

—Con que, segun eso, ¿conoce Vd. á esa señora?

—Sí, la conozco, respondió el jóven.—Mas ¿cómo esa madre desnaturalizada, no procuró en catorce ó quince años trascurridos, adquirir alguna noticia de la criatura que habia llevado en sus entrañas?

—Tocante á este punto, nada podria yo decirle, pues nada sé, ninguna explicación he podido obtener de la cria-

da, ó lo que haya sido de dicha señora. Pero como dice el refran, por el hilo se saca el ovillo; y pues gracias á la Providencia, que siempre mira por los desgraciados, tiene Vd. tanto interés en esto como puede caber en su bello corazon, inútil es que nadie le recomiende ni hostigue. Yo no he querido por ahora, sin consultar con Vd., decir nada á la pobre María.

—Y ha hecho Vd. bien, señor Nicolás, porque ante todo debe averiguarse lo que haya de cierto en el relato de la criada. Y a propósito de esta ¿sabe Vd. las señas de su habitacion?

—Si señor; vive calle de Hita, número 6, tercero interior, y se llama Petra Ruiz.

D. Enrique tomó su cartera y apuntó las señas que el tabernero acababa de darle.

—Preciso es obrar con toda prudencia, —dijo.—Lo que la criada buscará en esto es dinero, y si es así, por esta parte podemos contarnos seguros.

—¿Piensa Vd. entenderse, segun eso, con la criada?

—Seguramente, y hoy mismo, acaso, trataré de sondearla.

—¿Y en cuánto á la señora que parece ser su madre?

—Ese es punto más delicado. Sin embargo, una vez adquirida la certeza de que María es su hija, ya encontraré medios de explorar y abordar en definitiva á esa señora. Afórtunadamente, me unen á su familia vínculos muy antiguos de amistad, y por otra parte el amor de María me dá cierto derecho... En fin, señor Nicolás, queda á mi cuidado, y nada omitiré por conseguir el objeto que desde ahora me propongo.

—Tan seguro estoy de eso, D. Enrique, como de que he de morir. Pero diga Vd. ¿quiere que le haga entrega de

los objetos que conservo, el bolsillo y el pañal con las iniciales? Acaso podrá convenirle.

—Seguramente: ¿tiene Vd. ahí esas prendas?

—No señor, pero si Vd. quiere, dentro de media hora estarán en su poder.

—Muy bien, señor Nicolás; porque en su día creo tendré necesidad de ellas.

—Pues voy á buscarlas...

—No, señor Nicolás, creo mejor el ir yo mismo á su casa. Espéreme Vd. allí.

—Entonces. D. Enrique, hasta luego.

—Adios, señor Nicolás.

Y estrechando la mano que D. Enrique le tendia, salió el tabernero rebotando júbilo, con la misma agilidad que si hubiese retrocedido en aquel momento á los veinticinco años de su vida.

Utrera quedó abismado en profundas reflexiones sobre lo que acababa de oír, y un cuarto de hora despues se habia vestido aceleradamente y se dirigió con la misma rapidéz á la calle de Humilladero.

Uno de los recursos a que solo Savary, para ganarse la conformidad del rey, fue el de manifestarle las probabilidades que del viaje resultaban para el reconocimiento del príncipe por el emperador; pues conocida la inteligencia y buena amistad en que este se encontraba con Carlos IV, la inquietud del hijo de aquel debía mantenerle en un momento en que se iba a hacer el viaje al templo de la Francia.

CAPITULO IV.

Sin embargo de que D. José Martínez de Heras, que había venido en compañía del general Savary, a quien sirvió de intérprete, se dio cuenta de lo que pasaba en el momento de la partida, y se dio cuenta de lo que pasaba en el momento de la partida, y se dio cuenta de lo que pasaba en el momento de la partida.

**Las preocupaciones de la mujer y el amor de madre.** El mismo Fernando el primero a que se espanta si venía a aquel viaje, la mayoría de los consejeros que le acompañaban, que tal marcha se verificaba.

Uno de los que más contribuyeron a decidir al rey fue el célebre Escobar, ese malhabido hombre que tan odio

Han trascurrido algunos días desde la escena descrita en el capítulo anterior, pues que alcanzamos al 10 de abril, fecha histórica en los anales del pueblo madrileño.

Cualquiera de nuestros lectores que conozcan la historia de aquella época, recordará sin esfuerzo que en dicho día emprendió Fernando VII su viaje á Búrgos, en cuya ciudad se prometía tener una entrevista con el emperador.

Igualmente son conocidos de todo el mundo los resultados de tan funesto viaje, al cual se habian opuesto con sus consejos algunos hombres afectos al joven monarca, siendo manifestos en el mismo sentido los temores del público.

El ayudante del emperador, el general de Savary, uno de los hombres más diestros entre los artificiosos cortesanos del Sena, como le llama Príncipe, habia venido á Madrid con el exclusivo objeto de decidir á Fernando á que verificara la consabida escursion.

Uno de los recursos á que apeló Savary, para ganarse la conformidad del rey, fué el de manifestarle las probabilidades que del viaje resultarían para el reconocimiento del príncipe por el emperador; pues conocida la inteligencia y buena amistad en que este aparentaba estar con Carlos IV, la inquietud del hijo de aquel débil monarca no cesó un momento ante la indiferencia de que le hacia objeto el temible jefe de la Francia.

Sin embargo de que D. José Martínez de Hervas, que habia venido en compañía del general Savary, á quien sirvió de intérprete, manifestó lealmente á la nueva corte y al mismo Fernando el peligro á que se esponia si verificaba aquel viaje, la mayoría de los consejeros fué de opinion que tal marcha se verificára.

Uno de los que más contribuyeron á decidir al rey fué el célebre Escoizquiz, ese malhadado hombre que tan odioso papel desempeñó en la historia de aquella época, primeramente como ayo, y por último como consejero de Fernando VII.

Después de repetidas y largas deliberaciones, prevaleció la opinion del citado Escoizquiz, cuya ambicion excesivamente desmedida, ó cuya ineptitud como hombre político, hicieron que mostrara un declarado empeño, empeño casi entusiasta, en favorecer la mision del general Savary.

Casi no se explica como el rey, que tanta penetracion habia demostrado en ocasion de labrar la ruina del Príncipe de la Paz, pudo ampararse de un hombre como Escoizquiz, tan impertinente como osado.

Verificóse, pues, como decimos, el viaje de Fernando, y su ausencia fué un motivo de consternacion para las gentes, cuya zozobra iba creciendo de dia en dia, lle-

gando esta vez á su coímo, á pesar del decreto que se publicó para prevenir los efectos que tal paso causára en los ánimos (1). En vano se habia esperado hasta entonces la tantas veces anunciada presencia de Napoleón en Madrid, especie que se hizo circular como válida, previniendo así taimadamente lo que tal entrevista debia ser por último, lo que en realidad era, lo que por desgracia de nuestros abuelos llegó á dar un horrible impulso á los desastres de la sangrienta campaña que poco despues se inauguró con la vida de un puñado de valientes.

(1) Hé aquí el decreto citado, cuya fecha es de aquel día.

«El rey nuestro señor acaba de tener noticias fidedignas de que su íntimo amigo y augusto aliado el emperador de los franceses y rey de Italia se halla ya en Bayona con el objeto más grato, apreciable y lisonjero para S. M., como es el de pasar á estos reinos con ideas de la mayor satisfaccion de S. M. y de conocida utilidad y ventaja para sus amados vasallos; y siendo, como es, correspondiente á la estrechísima amistad que felizmente reina entre las dos coronas, y al muy alto carácter de S. M. I. y R. que S. M. pase á recibirle; cumplimentarle y darle las pruebas más sinceras, seguras y constantes de su ánimo y resolucion de mantener, renovar y estrechar la buena armonía, íntima amistad y ventajosa alianza que dicho-samente ha habido y conviene que haya entre estos dos monarcas, ha resuelto S. M. salir prontamente á afectuarlo. Y como esta ausencia ha de ser por pocos dias, espera de la fidelidad y amor de sus amados vasallos, y singularmente de los de esta córte que tan repetidamente se lo han acreditado, que continuarán tranquilos, confiando y descansando en el notorio celo de sus ministros y tribunales, y principalmente en la junta de gobierno presidida por el serenísimo señor infante D. Antonio, que queda establecida; y que seguirán observando, como corresponde, la paz y buena armonía que hasta ahora han tenido con las tropas de S. M. I. y R., suministrándoles puntualmente todos los socorros y auxilios que necesitan para su subsistencia, hasta que vayan á los puntos que se han propuesto para el mayor bien y felicidad de ambas naciones, asegurando S. M. que

La pretendida excursión de Bonaparte á nuestra capital, tantas veces próxima, tantas veces aplazada, tuvo por solo objeto acostumar el oído del pueblo á la necesidad é importancia de la entrevista, y de tal modo se agotaron los recursos, cuando ya la incredulidad acerca de esto era manifestar que los encargados de justificar tantas dilaciones se valieron muchas veces de ridículos artificios.

En una de las ocasiones en que mas confiadamente se esperaba á Napoleon, se habian erigido arcos triunfales y se adornaron brillantemente los salones del Retiro para las fiestas y saraos que deberian tener lugar en celebridad de tan notable acontecimiento. Pero el emperador no se movió de París.

En cambio, refiere el ya citado historiador Príncipe, habia venido de aquella capital un aposentador francés, estudiosamente enviado para acabar de fascinar é la nueva corte, y este presidia y ordenaba tan absurdos preparativos. En defecto de aviso oficial que indicase la proximidad del Mesías, habian llegado tambien *su sombrero y sus botas*, enseñándose al pueblo estos objetos *cual si fuesen reliquias*, y como testimonio inequívoco de ser cierto el rumor esparcido.

Nada puede darse más ridículo que esto, pero tambien, nunca como en esta ocasión fué cara á España la imbecilidad de los consejeros de Fernando.

Este, como dejamos dicho, salió por fin el dia 10 para Búrgos, adonde á su vez debia presentarse el emperador,

no hay recelo alguno de que se turbe ni altere dicha tranquilidad, buena armonía y ventajosa alianza; antes más bien, S. M. se halla muy satisfecho de que cada dia se consolidará más. Tendréislo entendido, etc.» (Historia de la guerra de la Independencia, por Príncipe.)

quien excusó todo el enredo de que el pueblo había sido víctima, pretestando las graves atenciones que le ocasionaban sus negocios.

El viaje de Fernando causó, pues, una profunda agitación en los ánimos, agitación por cierto fundada en circunstancias verdaderamente alarmantes.

Pero acerca de este punto dejemos hablar al señor Príncipe.

«La ceguedad de los Fernandistas, —dice,— contrastaba notablemente con los celos y la desconfianza que el pueblo poco á poco había comenzado á mostrar. El vulgo, sin más guía que su instinto, apreciaba el estado de las cosas mejor que sus gobernantes; y al observar el retraimiento del embajador francés, y el importuno alarde que el gran duque de Berg hacía de sus fuerzas en una población inofensiva y que tan cordialmente le había recibido, no acertaba á conciliar en su mente la á veces indiferente y á veces arrogante conducta de los reciénvenidos con las esperanzas de amistad y de apoyo que su llegada había hecho en un principio concebir. Cuando la entrada de Fernando en Madrid, no había Murat desdeñado que una parte de sus tropas maniobrase en la carrera, cual si quisiese manifestar á los españoles la necesidad que tenía de recordarles que allí estaba él. Poco satisfecho despues con el alojamiento que se le había destinado en el Retiro, determinó por sí, y sin contar con las autoridades, trasladarse, como lo hizo, á la morada del Príncipe de la Paz; disponiendo también que una parte de los suyos ocupase la casa de Campo, donde colocó baterías que miraban á la población. Despertada la suspicacia de las gentes, con estos y otros rasgos igualmente significativos, convirtiósese la anterior confianza en una prevención tanto más desfavorable»

»rable, cuanto más contribuía á afirmarla el recuerdo de  
 »los inicuos ardidés con que los franceses se habían apode-  
 »rado de nuestras plazas fronterizas, ardidés que la imagi-  
 »nación había pintado antes con los más halagüeños colo-  
 »res, y ahora representaba el recelo bajo el punto de vista  
 »más lúgubre. El aparato marcial de los vencedores de  
 »Austerlitz y de Jena, puesto en contraste con el aspecto  
 »que ofrecía una población indefensa y de la cual había  
 »mandado el nuevo gobierno retirar la guarnición española,  
 »era mirado por el vulgo como señal de malísimo agüero;  
 »señal que por otra parte humillaba su orgullo más de lo  
 »que la altivez española podía apaciblemente sufrir.»

En otro lugar añade el mismo escritor:

«Las riñas y disputas entre los paisanos y los imperia-  
 »les sucedieron bien pronto á la cordialidad del recibimien-  
 »to que á estos acababa de hacerse; la nube comenzaba á  
 »cargarse: y en vez de conjurarla Murat, la hacia cada día  
 »más densa.»

De aquí puede inferir el lector el estado en que dejaría los ánimos el viaje del rey, *tan próximo á la frontera*, verificado el 10 de abril 1808. Y por otra parte, ya hemos dicho: la correspondencia, por demás activa, que Carlos IV, María Luisa y la reina de Etruria, hermana de Fernando, sostenían en contra de éste con Murat, acusándole y recriminándole de un modo peligrosísimo: Carlos IV para recuperar su trono, María Luisa (1) para salvar al Príncipe de

(1) El 10 de abril, el mismo día en que Fernando verificaba su malhadado viaje, dirigía la reina María Luisa la siguiente carta á Murat.

«La carta que V. A. nos ha escrito, y que hemos recibido hoy muy temprano, me ha tranquilizado. Nosotros estamos puestos en las manos del emperador y de V. A. No debemos temer nada el rey nuestro común amigo y yo.

la Paz, y la reina de Etruria porque la devolvieran sus estados, ó compensáran su pérdida cediéndola una parte del Portugal: todo esto que habia llegado, aunque confusamente, á traslucirse, acabó de condensar las tormentosas nubes de que aparecía cargada la atmósfera.

Escoiquiz, entretanto, habia atizado en el corazón de su antiguo discípulo la esperanza que este habia abrigado de que Napoleon le concediese para *esposa una princesa de la familia imperial.*

Necesitaríamos mayor espacio del que disponemos para consignar aquí las mil simplezas y no ménos perfidias que hicieron al rey verificar su expedicion; pero demostrado ya este particular, aunque sucintamente, y vista la consterna-

---

*Lo esperamos todo del emperador, que decidirá pronto nuestra suerte.*» No ménos notable esta otra que el 1.º de dicho mes dirigía Maria Luisa al mismo general francés:

«Si el gran duque no tiene la bondad y humanidad de hacer que el emperador MANDE PRONTAMENTE hacer suspender el curso de la causa del pobre Príncipe de la Paz, *amigo del mismo gran duque y del emperador de los franceses* y del rey y mio, van sus enemigos á *hacerle cortar la cabeza en público* y despues A MÍ, pues lo desean tambien.»

Respecto á las recriminaciones con que reprochaba á su hijo Fernando, decia en una de sus cartas al mismo gran duque aquella delirante reina.

«Mi hijo no sabe nada de lo que tratamos, y conviene que ignore nuestros pasos. *Su carácter es falso: nada le afecta: es insensible y nada inclinado á la clemencia. Está dirigido por hombres malos, y hará todo por la ambición que le domina: promete, pero no siempre cumple sus promesas...* Mi hijo no quiere al gran duque ni al emperador, sino solo al despotismo.

En otra de la misma fecha decia:

«Tiene muy mal corazón, su carácter es cruel: *jamás ha tenido amor á su padre ni á mí: sus consejeros son sanguinarios: no se complacen sino en hacer desdichados, sin exceptuar al padre ni á la madre.*»

El lector apreciará las recomendaciones que acompañaban á Fernando en su viaje.

cion de que fué presa el pueblo de Madrid con semejante desatentada *entrevista*, que más tarde habia de dar por resultado la prision de Fernando VII, la de toda la familia reinante, y la coronacion, por último, del intruso José, nos concretaremos por ahora á proseguir en el enlace de nuestro drama.

Sobre las cuatro de la tarde del expresado dia, y en el elegante salon de la casa núm. 45 de la calle del Prado, una señora de hermoso aspecto, que frisaría en los treinta y cinco á treinta y seis años, despedíase con cierta especie de amartelamiento, que bien podria llamarse amor, de un caballero cuya edad guardaba equivalencia ó proporcion con la que representaba dicha señora.

—Espero, baron, que no faltarás esta noche.

—A la nueve en punto me tendrás á tus piés, querida mia, y de acuerdo con tu padre arreglaremos definitivamente los tramites necesarios.

Estas fueron las últimas palabras que se cruzaron nuestros personajes al despedirse.

El caballero imprimió dos besos en la frente de aquella señora.

La señora, por su parte, los recibió con no ménos pasion del caballero.

Nuestros lectores no necesitarán que les expliquemos lo que este cuadro expresaba.

El caballero que se despedia tan apasionadamente, llamábase el baron del Pino.

En cuanto al nombre de la señora, ya en el capítulo anterior hicimos referencia de doña Eugenia de Montenegro.

Algunos minutos habian trascurrido desde que el baron del Pino habia abandonado el salon, cuando un campani-

llazo, primero, y despues la doncella de doña Eugenia, anunció á esta una nueva visita.

La señora dió órden para que pasara la persona anunciada.

D. Enrique Utrera, el amante de María, apareció entonces, saludando cordial y familiarmente.

Despues de los prolijos cumplimientos y protestas y genuflexiones que hacian tan penosa la recargada etiqueta de nuestros abuelos, y habiendo ambos tomado asiento en un lindo confidente,

—Creo, amigo Enrique,—dijo la señora,—que han trascurido por lo ménos veinte dias desde nuestra última entrevista.

—Escúseme Vd.<sup>o</sup> Eugenia,—respondió Utrera,—pues han sido necesarias todas mis ocupaciones durante ese tiempo, para verme privado de este honor.

—Gracias, Enrique, por la galanteria; pero debo decirle en obsequio de la verdad, que no me son desconocidos por completo los asuntos que le han alejado tanto tiempo de esta su casa.

—¿De veras, Eugenia?

—Y tanto, que hasta sé que Vd. participa de la alarma que el vulgo tiene con la presencia en Madrid de las tropas francesas; y deploro, mi querido amigo, que por esta vez ande tan descarriada su opinion.

Utrera miró sorprendido á su amiga, y repuso:—No pretenderé que Vd. me revele el conducto por donde ha adquirido estos informes, Eugenia, sobre todo en materia que no procuró disfrazar, cual es mi profundo disgusto por la ocupacion de los soldados extranjeros; pero lo que sí extraño, es que Vd. deplora en mí un recelo, más bien certeza, de lo que debe temer todo buen español.

—¡Bueno!—exclamó Eugenia riéndose.—Veo con harto dolor que Vd. se ha contagiado. ¿También Vd. es de los que ven un huésped en cada dedo?

—Amiga mía,—respondió Utrera con una seriedad que cortó la risa en los labios de su interlocutora,—lo que yo veo no son huéspedes, ni fantasmas; lo que mi sano criterio me hace ver bien á pesar mio, son tristes, muy tristes, realidades. Veo lo que al recordar ahora me estremece: las primeras plazas de España se hallan ocupadas militarmente por los ejércitos del guerrero del siglo, del terrible Napoleón Bonaparte; la capital de la monarquía, sin soldados, ahora sin rey, sin gobierno que inspire confianza, está á merced de lo que quiera hacer el general Murat con sus 30,000 ó 40,000 hombres armados!

—Y bien, sumisión en Madrid, sobre ser pacífica, redundará en bien del país y del rey; ¿tiene Vd. prueba alguna contraria?

—Eugenia: más que probabilidades, tengo la evidencia de los conflictos que se preparan, y que una vez desencadenados, tan solo Dios sabe hasta donde arrancarán lágrimas al país.

—¡Bah! cada vez me convengo más, Enrique, de que está á Vd. obcecado; crea Vd. á una buena amiga que le quiere bien: cuando los españoles tratamos de ciertas cosas, de nuestro mal entendido amor patrio, adolecemos de un orgullo que se acerca mucho al quiijotismo.

—Suplico á Vd. Eugenia, que varíemos de asunto; siendo esta vez la poca conformidad de nuestras opiniones; sin embargo, deseo con toda mi alma que el tiempo y los hechos no desmientan á Vd. nunca.

Enrique guardó silencio algunos momentos, al cabo de los cuales reanudó Eugenia la conversación diciendo:

—Amigo mio, si hubiera Vd. prolongado su ausencia unos dias más, tendria la satisfaccion de darle una sorpresa.

—¿Agradable? preguntó Utrera.

—¡Eh! ciertamente. En los primeros dias de Mayo se verificará mi enlace con el baron del Pino.

Enrique dió un salto sobre su asiento, y se quedó mirando con asombro á su amiga.

—¿Se extraña Vd., Enrique? preguntó esta, no acertando á comprender el asombro del jóven del cual volviendo en sí, respondió.

—Nó; no es asombro el mio, pero...

—Qué... le parezco á Vd. vieja ó demasiado fea, para pensar en el matrimonio?

—De ningun modo, amiga mia: pero lo que Vd. acaba de participarme, se opone y contraria de un modo fatal cierto negocio que deseaba esplanar en este momento.

—¿Algun negocio de la misma índole que el que yo acabo de participarle? No me llame Vd. presuntuosa, Enrique; pero pues conoce mi franqueza, con ella debo decirle, que en nosotras las mujeres viene á ser una debilidad capital creer que todos los hombres nos quieren, y que si de algun negocio nos hablan formalmente, no puede ser este nunca otro que cuestion de amor, ó de matrimonio. Esta vez, sin embargo, estaba muy lejos de pensar en semejante cosa; pero como Vd. se ha sorprendido con la noticia de mi enlace, y luego me habla con tanta seriedad de *cierta asunto*... —Vamos, Enrique, perdone Vd. si le disgusto con mi ligereza; ya vé Vd. que tambien me pongo seria, y por tanto estoy dispuesta á escucharle con la mayor seriedad del mundo.

El tono voluble en que Eugenia se expresaba, debió contrariar en sumo grado á Utrera; pero viendo Eugenia que

su silencio y su indecision se prolongaban algo más de lo que las reglas del buen tono permitían, preguntó á su amigo:

—¿He disgustado á Vd., por desgracia?

Utrera salió de su embarazo haciendo un gran esfuerzo sobre sí mismo, y respondió:

—De ningún modo. Eugenia; pero tan delicado es lo que debo decir á Vd., que por una parte la noticia de su próximo enlace con el baron, y por otra el respetuoso cariño que á Vd. profeso, dificultan grandemente mi posicion...

—Explíquese Vd., Utrera.

—Eso queria, mas para hacerlo, para entrar en tan difícil terreno, seria necesaria toda la indulgencia de Vd.

—¿De qué se trata pues?

—De una cosa que muy bien puede ser falsa, pero que de cualquier modo expone á graves murmuraciones el respetable y buen nombre de Vd...

—Ignoro completamente de qué se trata; pero desde luego autorizo á Vd., á que hable con entera libertad... Estoy muy persuadida de la galanteria y de la caballerosidad que á Vd., adornan: es Vd. uno de mis mejores amigos, como lo es su señora madre: así, pues, segura de que no podrá decir cosa que me ofenda, escucho á Vd. con atencion.

Enrique vaciló un momento, pero al fin dirigió á su amiga la siguiente pregunta:

—Eugenia ¿conoció Vd., acaso antes de que falleciese en la guerra, al conde de Alianza?

Un vivo carmin bañó el rostro de Eugenia, y en sus ojos aparecieron tan marcadas señales de turbacion, que nuestro jóven no pudo por ménos que mirar sorprendido á la futura esposa del baron del Pino.

Esta, con voz balbuciente y entrecortada, respondió:

—Sí... he conocido hace años á ese conde... mas no com-

prendo... ignoro qué relacion pueda esto tener con el asunto á que Vd. se ha referido.

La turbacion de Eugenia pareció borrar toda perplejidad en el ánimo de Enrique, el cual, con escudriñadores ojos, tal y tan fijamente miraba á su amiga, que se hubiera creído procuraba leer en el fondo de su corazon.

Parecia como que el resultado de su pregunta, grabado en el semblante descompuesto de aquella mujer, antes tan serena, le habia dado un profundo convencimiento sobre lo que se proponia sondear, si se nos permite anticipar la frase.

Así es únicamente cómo se explican las siguientes palabras que Eugenia escuchó con cierta especie de terror; bien que el carácter de nuestro jóven era ingénuo hasta la llaneza, cualquiera que fuese el asunto y la persona con la cual tuviese que medir sus razones.

—Aunque jóven,—dijo,—conozco los estravios á que la pasion nos conduce algunas veces; y si bien nada puedo sospechar que tenga visos de prueba, y aun si Vd. quiere diré de fundamento, sin embargo, ciertas revelaciones, ciertas faltas que estas revelaciones dan á conocer, deben llamar muy seriamente la atencion del hombre que es honrado y tiene sentimientos de caridad y religion.

—¡Caballero!...—no se á donde quiere Vd. ir á parar!... su lenguaje de Vd. es incomprendible!... exclamó con altivez marcadamente forzada Eugenia.

Su agitacion creciente, sin embargo, estaba en contradiccion con sus palabras.

Utrera, que acaso no perdia de vista esta circunstancia, pareció asegurarse más y más en el papel que se proponia desempeñar.